

BRENIFIER, Oscar, *Filosofar como Sócrates. Introducción a la práctica filosófica. Diálogo-Tilde*, Valencia, 2011. 215 pp.

Nos hallamos ante un libro necesario para todos los amantes de la práctica filosófica. Y lo es, en primer lugar, porque aporta múltiples sugerencias para poder desarrollar ejercicios filosóficos prácticos. Pero, pese a la utilidad de este componente, esta no es la causa principal. Este libro se hace imprescindible porque en él el Dr. Brenifier explica la razón de ser de estas prácticas, y su verdadero estatus filosófico. Siempre fiel a su auténtica vocación pedagógica muestra una y otra vez cómo no se puede filosofar solamente teorizando, sino desde la misma raíz de las cuestiones, del mismo modo que no se puede aprender a nadar sin mojarse, por muchos manuales de ejercicios que se consulten. Este libro reivindica que la verdadera esencia de la filosofía es practicar, muy a distancia del mantenimiento de monolíticos edificios de saber. Sería una nueva versión del viejo proverbio “el movimiento se manifiesta andando”, que dignifica de una vez por todas los tímidos

ejercicios filosóficos que cada vez más se están desarrollando entre la gente de la calle y también dentro de las aulas.

Antes de introducirnos de lleno en los diversos modelos de praxis, Brenifier profundiza en la idea de lo que denomina filosofía negativa porque, como en toda dialéctica, introduce la negación del primer principio. De ahí el título de la obra, en deferencia a Sócrates, el gran dialogador. La presencia de este filósofo de calle es un hilo conductor que enlaza las diferentes piezas que encajan el libro. Y el nexo de unión es siempre el espíritu crítico, la sospecha que nos sitúa a salvo de certezas inamovibles, en construcción permanente del amado saber. Cita entre estos pensadores en negativo mentes ácidas y clarividentes desde Heráclito, Platón o Diógenes, a Pascal, Hegel o Nietzsche, sin olvidar la sutil complejidad de la sabiduría oriental contenida en las narraciones sufíes o el taoísmo. La constante es el cuestionamiento como método, la interrogación que nos sitúa al otro lado del espejo. Y esta recreación, el verdadero diálogo que sólo conceptualiza tras la identificación

y la confrontación, se realiza mejor desde la alteridad que en la soledad solipsista de nuestra mente. Por eso la mayoría de las prácticas filosóficas se realizan en grupo o al menos entre dos personas.

En cada capítulo se expone un modelo de este modo de crear filosofía. Se percibe claramente el bagaje del autor en este ámbito: Quedan recogidos todo tipo de situaciones, dificultades, y cuestiones que surgen cuando se realizan estos tipos de actuaciones. Al mismo tiempo, muestra con prodigalidad numerosas sugerencias para llevarlas a buen término. Destaca la voluntad de rigor que subyace como una exigencia indispensable de nuestra disciplina a todos estos modelos. A pesar de hallarse dirigidos a profanos, al gran público, incluso a niños pequeños, la profundidad de la mirada filosófica ha de ser siempre impecable, o no es nada.

Este objetivo se hace patente especialmente en el apartado dedicado a la consulta filosófica. A pesar de iniciarse con una referencia a la *Consolación* de Boecio, en seguida se evidencia que no hay lugar para ningún tipo de indulgencia. Por el con-

trario, se realiza un verdadero recorrido en negativo, que cuestiona dolorosamente los pilares de las creencias del consultor, desarrollando hipotéticamente sus consecuencias y “pensando lo impensable”, para así tomar conciencia de estos contrastes y propiciar el nacimiento de una verdadera autonomía del pensamiento. Un salir del ensimismamiento para devenir sujeto pensante y potencialmente activo.

La figura de Sócrates, como mentor que interacciona con sus conciudadanos en contraste con los sabios oficiales o sofistas, es restituida cuando se reivindica la vinculación filosófica de los cafés. Ante la eclosión de estos inusuales foros, y en contra de la posición de otros intelectuales más academicistas, Brenifier se inclina en defensa del uso de la razón entre “la plebe”. Pero no lo hace de cualquier modo, frente a la tentación de la complacencia en el puro departir, hace una llamada a los filósofos, para que puedan dirigir este afán de búsqueda. De modo que realmente se puedan contrastar opiniones y provocar un diálogo que genere un conocimiento más allá de las posiciones particula-

res de partida. Reclama que los profesionales acepten el reto de liderar esta demanda, tanto si procede de una moda o de una auténtica necesidad, y facilita las pautas para poder realizarlo de forma coherente.

Una exigencia similar a la que solicita para los profesionales de la educación filosófica. Muy crítico con posturas obsoletas de transmisión de conceptos encapsulados, en el apartado de los talleres filosóficos el autor propone ejemplos de prácticas para realizar en clase con alumnos de todas las edades, o bien en grupos creados para tal fin en cualquier tipo de entidad, desde bibliotecas hasta prisiones. En este capítulo, que complementa y amplía el anterior, llega al meollo de la práctica filosófica y será de inestimable ayuda para todo profesor o animador filosófico que se inicie o esté llevando a cabo este tipo de actividades. Enseña diferentes modelos para orientar los talleres: por medio de preguntas recíprocas, narraciones breves o lecturas introductorias, entre otras opciones. Y desafía al orientador que las guía a “*manifestar una gran flexibilidad intelectual para distinguir un problema filosófico*

clásico bajo una forma coloquial y actualizada”. Así mismo anima a potenciar las relaciones de los participantes, medir la claridad de los conceptos e introducir los principios del pensamiento para evitar caer tanto en la trampa del dogmatismo como en la del relativismo y la yuxtaposición de ideas. Este reto puede ser una gran oportunidad para profundizar en los conceptos y potenciar la dinámica del grupo. El apartado concluye con unos anexos sobre las reglas de juego de la discusión filosófica, recomendaciones y una batería de preguntas útiles para poder mantener el nivel de rigor filosófico durante el taller.

Puede sorprender el interés de Brenifier por acercar la filosofía a la infancia, tal como se evidencia en los numerosos libros que ha publicado para niños. En este se explica el porqué de esta opción y anima a mantenerla. Las cuestiones filosóficas surgen en las más tempranas etapas de la vida, pero las respuestas de los adultos suelen ser insuficientes porque tienden a desentenderse del *quid* de la cuestión, a ignorarla, o a ofrecer una respuesta estandarizada o dogmática. Filosofar con los niños signi-

fica aceptar su curiosidad innata para fomentar su autonomía. Practicando desde la escuela primaria se activa su desarrollo desde tres vertientes: la intelectual, que les lleva a pensar por sí mismos, la existencial, que propicia su identidad, y la social que facilita el pensamiento conjunto. Se hace evidente el valor propedéutico de estas actuaciones y las consecuencias pedagógicas en la formación de ciudadanos conscientes de sí mismos, de sus ideas, responsables de su comportamiento y de su interacción con la sociedad.

Tras cuatro capítulos en los que se desgranar diferentes técnicas para la praxis filosófica, se nos ofrece un apartado en el que se usa los cuentos como chispa para la acción filosófica. Es delicioso, porque en él dejamos de ser espectadores del método que se nos sugiere y caemos de lleno en él, sometiéndonos al análisis crítico que se nos propone. En paralelo a Sócrates, el sabio que no “sabía nada”, Brenifier elige la figura mítica de Nasrudin, el sabio “idiota” de los cuentos sufíes. Esta figura llena de contradicciones es como un calidoscopio que hace trizas nuestras certezas y que

refleja de forma siempre cambiante nuestras ilusiones y miserias. Por eso es esencialmente útil en el análisis filosófico, por eso ha persistido en el inconsciente colectivo a lo largo de la geografía y la historia.

El libro concluye con un apartado en el se propone tres ejemplos de narración autobiográfica como método para filosofar. Se puede usar este modelo para una actuación más personal e íntima que en los anteriores, o bien como actividad con la que iniciar un taller colectivo. En cualquier caso supone un ejercicio de desnudez por parte del autor ante sus lectores para mostrar de qué modo la filosofía puede contribuir a sanar la vida. Es una implicación personal que encarna todavía más el sentido de la verdadera filosofía, la que se construye en el día a día, en nuestras vidas. Este desgarr es al mismo tiempo una advertencia contra la vanalización de las actividades que se proponen. No estamos ante una serie de juegos intelectuales más o menos complacientes o arriesgados. Es una apuesta con la propia vida, con la sociedad, con el mundo. La conciencia de que la filosofía es hoy en día más útil y necesaria

que nunca, porque es la herramienta del pensamiento crítico, capaz de desmontar las estructuras de falsas evidencias y de generar personas despiertas y activas.

Por último cabe agradecer el trabajo de edición de Gabriel Arnaiz por recopilar y organizar este material disperso en diversas publicaciones. Con sus notas introductorias al principio de cada apartado ha logrado que un libro en el que se manejan profundos conceptos filosóficos mantenga su frescura y una gran facilidad de lectura. Fiel al espíritu de divulgación de Brenifier, acerca la filosofía tanto a profesionales como a lectores profanos cada vez más ávidos de estas sugerencias. Un texto indispensable.

MERCEDES BLASCO GIMENO
Universidad Central de Barcelona

HESSEL, Stéphane – MORIN, Edgar, *El camino de la esperanza*. Paidós, Barcelona, 2012. 75 pp.

Stéphane Hessel es un diplomático colaborador de las Naciones

Unidas y miembro del equipo redactor de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Edgar Morin, por su parte, es filósofo y sociólogo, autor de la teoría del pensamiento complejo. Para ambos, el pensamiento y la política no pueden darse en ningún caso como mundos separados. La unión de ambas esferas, a saber, el aspecto pragmático de la gestión política, junto con la reflexión teórica, casi existencial, acerca del punto en el que la humanidad se encuentra, se proyectan en este breve pero intenso libro titulado *El camino de la esperanza*.

Para empezar, la constatación de un hecho: no vivimos aislados ni en un mundo inmóvil. Ya en las primeras líneas, se deja entrever el eje del discurso que se desarrollará a lo largo de la obra, a saber, la adaptabilidad a los nuevos tiempos como el único de los caminos que la humanidad puede recorrer. Pero como afirmaba el poeta, no hay camino. El camino es construido, paso a paso, por el caminante. En este caso, el hombre es el que debe abrirse camino. Para ello, hay que tomar consciencia de que vivimos en una comunidad que ya no puede recluirse en

aquel concepto hermético de estado-nación de Westfalia, sino que debe abrirse a un concepto mucho más amplio. Parafraseando a Hessel y Morin, hay que tomar consciencia de que compartimos una comunidad de destino planetario.

El problema reside en la difícil situación en la que nos encontramos. En un contexto de crisis, los riesgos y peligros que acechan al ser humano son grandes. Pero a la vez, no hay mejor momento para la generación de nuevas oportunidades. Sin embargo, la crisis en la que nos encontramos, es hija, posiblemente, de aquella gran intuición de Adorno: ¿se puede escribir poesía después de Auschwitz? Hessel y Morin, en la misma línea, se preguntan: ¿puede la humanidad acceder a la Humanidad?

Esta importante crisis de la humanidad se nos muestra en múltiples formas: es una crisis democrática, una crisis de valores, una crisis cultural. Y también, por supuesto, es una crisis económica.

En *El camino de la esperanza*, se afirma que nuestro mundo se ha desarrollado en torno a la globalización, la occidentaliza-

ción, el desarrollo...pero todos ellos son incapaces de tratar los problemas vitales de la humanidad. En esta afirmación, el adjetivo “vital” adquiere gran importancia. Se apunta, de un modo muy nietzscheano, que nuestra sociedad ha dado un portazo al vitalismo. Por ello, nuestro sistema planetario está condenado a morir o a transformarse. Y la transformación pasa por ofrecer al proceso de globalización el aspecto vital del que hoy en día carecen todos los sectores de la humanidad. Sectores que, gracias, ahora sí, a la globalización, son, por primera vez en la historia, interdependientes en grado máximo. Pero se han desarrollado en base a un espíritu extremadamente competitivo y feroz. Por ese motivo, hay que saber globalizar y desglobalizar. Hessel y Morin, por ejemplo, hablan de desarrollar la intersolidaridad, y a la vez devolver las autonomías vitales a lo local, a lo regional; se propone reducir la agricultura industrializada, mientras se favorece el crecimiento en energías sostenibles. Y un largo etcétera. Pero este proceso de globalización y de desglobalización sólo será posible si se realiza desde una ver-

dadera unión de civilizaciones. La idea es, como ya se ha apuntado, reconducir la siempre limitadora soberanía de los estados-nación, para ir hacia un mundo-patria. Gadamer ya señalaba que el verdadero diálogo sólo se consigue fusionando los horizontes de ambos interlocutores. En la misma línea, ahora sólo cabe ir hacia esa simbiosis de civilizaciones. Sólo así, opinan Hessel y Morin, se podrá encontrar una solución a los graves problemas que azotan nuestro mundo: aumento de las desigualdades, corrupción casi omnipresente, paro endémico... La solución apuntada no es mágica, aunque sí contiene cierto grado de utopía, necesario, por otra parte, para cualquier propuesta de cambio estructural. Y es que lo que aquí se plantea es un cambio de óptica: hay que pasar de la dominación de lo cuantitativo a una dominación de lo cualitativo.

Esta dominación de lo cuantitativo sobre lo cualitativo en nuestro mundo está presente constantemente. Son las gafas con las que evaluamos nuestro entorno. Incluso el estado de bienestar y su salud pasa a ser medido con ese prisma. La consecuencia de

esta priorización de lo cuantitativo se traduce en la soledad que sufren miles de personas, en una carencia de empatía y de simpatía frente a nuestro entorno, etc. Y la solución no pasa, como suele ser habitual en contextos de crisis, por el ascenso de los extremos. La propuesta de Hessel y Morin está clara: “proponemos una vía que combine una nueva política económica y social, una política del trabajo que implique desburocratización y “descompetitividad”, una política municipal, una política campesina, una política de la producción agrícola, una política del consumo, todas ellas medios diversos y complementarios de una política del buen vivir. El buen vivir puede parecer sinónimo de bienestar. Sin embargo, en nuestra civilización la noción de bienestar se ha reducido a su sentido material, el cual implica comodidad, posesión de objetos y bienes, pero no comporta en absoluto lo propio del buen vivir: el florecimiento personal, las relaciones amorosas, la amistad, el sentido de comunidad” (pág. 35).

Ese buen vivir implica la autorrealización individual, que pasa por recuperar el aspecto más

vital de nuestro día a día. Para ello, en *El camino de la esperanza* se propone una reforma desburocrática, una reforma de la enseñanza, una defensa férrea de la solidaridad, una reducción del ámbito del capitalismo y del poder de los lobbies financieros. Se plantea la necesidad de una nueva política del consumo y se propone, en una llamada casi mesiánica, una revitalización de la ética en este mundo de corrupción. Pero nada de todo esto será posible si no se procede, también, a una reconstrucción de la cultura. Y es que, en opinión de Hessel y Morin, “la cultura humanista y la cultura científica se han compartimentado y separado, al igual que sus diferentes ciencias y disciplinas. La incomunicación entre ambas culturas acarrea graves consecuencias para una y para otra” (pág. 62). Es necesario efectuar una reformulación del pensamiento, y substituir el pensamiento que separa por un pensamiento que une. Esta reforma del ámbito cultural será imprescindible, puesto que permitirá recuperar las competencias de los ciudadanos, que fueron limitadas en nuestras democracias por la expansión de los denominados

expertos. Hay que regenerar la cultura general. Con ella, conoceremos nuestra esencia en tanto que seres humanos (si existe); seremos capaces de analizar nuestra situación en el mundo, en la vida, en la sociedad e incluso en la historia; y en consecuencia, podremos participar activamente en ese mundo cambiante y, en definitiva, político. Así pues, observamos como para Hessel y Morin, el cambio social no podrá efectuarse sin un cambio individual. Ambos, cambio individual y cambio social, son indisociables. Pero, a la vez, cada uno de ellos por separado resulta insuficiente.

MARTA FIGUERAS I BADIA
 Universitat Autònoma Barcelona
 Universitat Oberta de Catalunya

BARRIENTOS RASTROJO, José - DIAS, Jorge H.: *Idea y proyecto. La arquitectura de la vida*, Vision Libros, Madrid, 2010. 319 pp.

Arquitectura y vida, la obra que presentamos a continuación, se encuentra dividida en dos partes: en la primera, José Barrientos Rastrojo, profesor de Filosofía

de la Universidad de Sevilla y autor de la primera tesis doctoral europea sobre Filosofía Aplicada, nos ofrece su personal visión de la orientación filosófica. El encargado de la segunda parte es Jorge H. Dias, filósofo portugués, primer presidente de la Asociación Portuguesa de Filosofía Aplicada, APAEF. Vamos a tratar de analizar cada una de las partes para tener una idea general de la obra.

El primer capítulo de la primera parte nos ayuda a entender la concepción de la filosofía que mantiene Barrientos, sin ella nos sería imposible comprender bien su visión de la orientación filosófica. Nuestro autor parte de una idea de la filosofía que, dejando a un lado el anquilosamiento académico que tanto la ha distanciado del día a día en los últimos tiempos, quiere partir de su mutuo encuentro, pretendiendo ser herramienta para el vivir. En la filosofía existe una importante dimensión aplicada que, lejos de pretender amasar únicamente cantidades ingentes de información erudita, quiere enseñarnos a mirar con el fin de actuar en conformidad a nuestro pensamiento y, con ello, ser capaces de dar un paso atrás

para poder continuar nuestro camino de forma más satisfactoria.

Los siguientes capítulos estarán dedicados a analizar el ensayo filosófico como modelo para la orientación filosófica. En el capítulo segundo se encargará concretamente de analizar la materialidad de tal método. Barrientos define el ensayo con los siguientes términos “argumentación por la cual *probamos* o extraemos una serie de conclusiones acerca de un tema específico a partir de un conjunto de *premisas, asunciones y/o evidencias* (sin necesidad de mostrar el aparato crítico)” (pág. 49). Para el filósofo español el ensayo coincide con la consulta filosófica tanto en el propósito, como en los medios, y en gran medida en el proceso. El método del ensayo filosófico está compuesto por cuatro fases:

a) Comprensión y escucha. Un primer paso en el que se trata, en primer lugar, de descubrir la cuestión o asunto “real”, posteriormente, se deben destacar los conceptos y términos esenciales implicados (el análisis de las palabras cofre y filosóficas es fundamental), en tercer

- lugar, se debe señalar el marco filosófico personal del consultante y, por último, se llega al autoconocimiento del consultante desde el asunto que le preocupa.
- b) Profundización y expansión. Para seguir avanzando en el conocimiento del problema del consultante Barrientos nos propone hacerlo en forma de espiral. Tres técnicas propone y explica nuestro autor para avanzar de este modo: el análisis lingüístico, el análisis filosófico de los conceptos y la elongación por la posibilidad.
 - c) Evaluación y conclusión. Aunque en la mayoría de los casos –apunta Barrientos– la clarificación conceptual suele ser suficiente para disolver el problema del consultante, algunas personas están en una situación en la que no pueden permitirse abarcar dos opciones, para ellos Barrientos propone y explica algunas estrategias útiles como el método de William James o el método DAFO.
 - d) Feedback vital. Se trata de llevar a la práctica real (darle vida) todo lo que hasta el

momento hemos estado analizando de forma teórica con el consultante, un aspecto esencial en el planteamiento de Barrientos y en la Filosofía Aplicada en general.

Nuestro autor trata a continuación de ofrecer un modelo a través del cual poder analizar los contenidos expuestos hasta el momento de un modo crítico. Ese modelo es el Critical Thinking, y a su análisis dedicará Barrientos el tercer capítulo de *Arquitectura y vida*. El elemento central del Critical Thinking es el argumento y su validación, nuestro autor define el argumento como “un conjunto de razones de las que se sigue una conclusión” (pág. 89). Debido a la variedad y dificultad de algunos argumentos el Critical Thinking utiliza algunas técnicas que pueden eliminar muchos problemas y aclarar dificultades en el acto de pensar: la estandarización de los argumentos, sacar a la luz las asunciones no manifiestas, la evaluación de razones y fuentes, esclarecer los términos lingüísticos utilizados, el descubrimiento de falacias, etc. Para concluir el capítulo, se incluye una selección de casos prácticos que sir-

ven para poder llevar a la experiencia lo que hemos aprendido.

El último capítulo de esta primera parte de *Arquitectura y vida* lo dedica su autor a hablarnos sobre la disposición (epistémica, antropológica y ontológica) con que el filósofo aplicado debe abordar las sesiones. Son cuatro los aspectos sobre los que se ocupa el análisis de Barrientos:

- a) Amistad. El autor afirma que la consulta filosófica es una suerte de amistad, y parte de una definición de la misma que está muy cercana al mundo clásico pero que, no obstante, quiere salvar la autonomía del consultante evitando el adoctrinamiento que podría darse en la relación maestro-discípulo.
- b) La investigación común. “La función del orientador no es responder dogmáticamente desde su atalaya de saber a las contingencias del consultante sino extraer del consultante, de modo mayéutico su verdad. Por eso una de las fuentes de la Filosofía Aplicada es el socratismo” (pág. 125).
- c) La escucha de lo inesperado. El orientador filosófico debe estar atento a lo inesperado

ya sea en lo referente a avances en medio del bloqueo del consultante, a rumbo imprevistos en la argumentación del consultante, etc.

- d) Fenomenología. Una vez que se ha constatado su capacidad o potencialidad para razonar, argumentar y comprometerse con su razonamiento, el orientador debe plegarse a la autonomía del consultante tanto en el primer contacto como a lo largo de todo el proceso.

La aportación de Barrientos concluye, no podía ser de otro modo, con un anexo de carácter práctico: el informe “quijote”. Con esta herramienta el autor trata de llenar el hueco que, tradicionalmente, ha existido entre sesión y sesión. El informe “quijote” consta de cuatro partes en las que: se recogen los datos del consultante y de la sesión, el tema y resumen de la consulta, se proponen ejercicios que tratan de profundizar en las cuestiones tratadas y enlazarlas con las siguientes y, finalmente, se aconseja la lectura de textos filosóficos para ponerlos en contacto con el conflicto del consultante.

En la segunda parte de la obra, Jorge Dias comienza su aportación tratando, como ya hizo su colega español, sobre su visión de la filosofía y de la orientación filosófica. El filósofo portugués muestra un deseo de devolver a la filosofía a sus raíces clásicas, quiere volver a unirla con la vida, de la que hoy se encuentra tan lejana. Para Dias la filosofía es algo íntimamente ligado al ser humano, algo que aunque puede ser dejado de lado momentáneamente, no puede ser ignorado por siempre. La consulta filosófica puede ayudar a que el individuo busque una respuesta a sus interrogantes existenciales desde sí mismo, devolviendo, así, a la filosofía a su ocupación primigenia y fundamental. Para conseguir este objetivo, y para dar al Asesoramiento Filosófico la necesaria objetividad y veracidad, el filósofo luso intenta, a continuación, superar una serie de mitos (como la falsa distinción entre teoría y práctica, la supuesta relación entre filosofía y otras consultas como la psicología, etc.) e ilusiones (como la creencia de que el asesoramiento filosófico puede solucionar todos los problemas del consultante, la ilusión de que el asesora-

miento filosófico es una filosofía clínica, etc.) que rodean a la disciplina que nos ocupa. Muy preocupado por la situación actual de la filosofía (sobre toda la de su país), Jorge Dias apuesta por un renacimiento de la misma a partir de la Filosofía Aplicada y, para ello, llega incluso a proponer una propuesta de estructura curricular para una Licenciatura y un Master en Asesoramiento Filosófico.

En el capítulo titulado “De los problemas a los métodos” Jorge Dias pasa a exponer su método para trabajar en la consulta filosófica: PROJECT@, que se fundamenta en el desarrollo de la felicidad personal del consultante. Este método está estructurado en seis niveles:

- 1) Identificar proyectos en la vida del consultante.
- 2) Analizar la estructura de un proyecto.
- 3) Relacionar en proyecto con la vida del consultante (valores y sentido).
- 4) Reunir proyectos y definir aplicaciones.
- 5) Explorar la “filosofía de vida” del consultante.
- 6) Comprobar la realidad e importancia del proyecto en

la “filosofía de vida” del consultante.

El método IPSE, descrito a continuación por el filósofo luso, quiere ser la solución a algunas de las dificultades que encuentra el método anterior a la hora de llevarse a la práctica.

La filosofía española y portuguesa unen sus fuerzas en *Arquitectura y vida* con el fin de mostrar un camino para la difícil situación en que se encuentra hoy en día esta disciplina, ese camino está para Barrientos y Dias en la orientación filosófica. Ahora bien, si ponen sus miras en esa misma rama del filosofar como fin de sus males, difieren en su objetivo, para Barrientos el objeto de la Orientación filosófica está en la verdad, mientras que para Dias se encuentra en la felicidad. De un modo u otro, la orientación filosófica se muestra de esta forma, no sólo como una útil herramienta para dejar a un lado el abusivo predominio de los psicofármacos y otras sustancias que sólo consiguen enmascarar el dolor del alma (como denuncia Peter Raabe en el prólogo de la obra como síntoma clave de la sociedad actual), sino que desde esta

perspectiva la filosofía vuelve a ocupar su lugar originario junto a la vida y los problemas del ser humano.

MIGUEL VARO ORTEGA
Universidad de Sevilla

JANNE Teller: *Nada*, Círculo de lectores, Barcelona, 2011. 154 pp.

Catorce años es una edad en que los planteamientos existenciales suelen adquirir una radical virulencia. La fuerza vital que la caracteriza necesita encontrar unos objetivos que den sentido a la vida, o como mínimo unos cauces donde canalizar su actividad desbordante.

La necesidad de autoafirmación, como signo de identidad, suele llevar consigo la negación de lo dado, provenga de la familia o de la sociedad, especialmente en lo que concierne a las convicciones íntimas. Se agudiza la crítica a la autoridad paterna que en muchos casos inicia su andadura en la infancia. Surgen planteamientos novedosos, referidos a diversos dominios de la existencia o a su totalidad, que suelen poner a prueba la totalidad

del sentido. La precocidad creciente de la juventud, incrementa la virulencia de la lucha en los diversos frentes.

Además de la problemática derivada del desarrollo biológico y psíquico de la juventud, nos encontramos en la sociedad contemporánea con una crisis de los valores tradicionales en la que no se trata de una simple sustitución de unos hitos axiológicos por otros, sino que se caracteriza por un relativismo práctico. Esta nueva realidad lleva consigo una preferencia por las apariencias sobre el contenido, de lo subjetivo sobre lo objetivo, de lo individual sobre lo comunitario. Relativismo y subjetivismo aparecen como sustrato habitual de la actividad comunitaria en esta llamada *sociedad líquida*. Predomina la cultura de lo efímero en que nada dura más allá del momento de su formulación, ni nadie fuera de quien lo enuncia se siente concernido.

Con este paisaje como trasfondo, la problemática de la novela es de permanente actualidad y su edición en castellano estaría más que justificada.

Nada, de Janne Teller, está adquiriendo gran divulgación en diversas lenguas y en casi todos

los casos está siendo promovida como libro de lectura para estudiantes de secundaria, especialmente como complemento a las asignaturas de humanidades, por lo que merece prestar una atención especial a los contenidos y a la forma, es decir, a los planteamientos y al trasfondo filosófico subyacente y a la expresión literaria y la adecuación con los destinatarios.

Uno de los aspectos positivos es el planteamiento colectivo del problema que aparece desde el principio de la obra. El desencadenante del conflicto puede ser una acción o actitud individual, pero es innegable su dimensión social. El esfuerzo de búsqueda solidaria es encomiable, incluso si, como sucede en la obra, todo acaba en un fracaso común.

En cuanto al desarrollo, muchos diálogos resultan increíbles para una mentalidad mediterránea, incluso para adolescentes bajo un síndrome existencial. Resulta poco creíble la metáfora del árbol, más propia de una fábula con protagonista animal e inverosímiles algunas situaciones.

La violencia, en ocasiones acompañada de la crueldad, presente en la novela no es en absoluto ajena a la infancia, ni

desaparece al llegar a la adolescencia, pero a esta edad suele ir acompañada de algún tipo de límites, de censura y de conciencia de la responsabilidad, que no afloran en el relato, fuera de toques esporádicos, como “no puede ser” o “hay que encontrar un límite a las acciones”. Demasiado gratuita la violencia colectiva, que sitúa en el mismo plano dejar a una inválida sin sus muletas de fantasía y el linchamiento de quien defiende una postura discrepante. Parece hartó inverosímil que nadie se vaya de la lengua en el proceso hasta que Jan-Johan se ve obligado a explicar la amputación de su dedo índice.

Bien la precisión machadiana de que los valores no tienen precio, pero el valor de una pieza de arte no desaparece en el momento en que su creador la vende.

La confrontación entre el nihilismo y la atribución de sentido es una actitud recurrente en la juventud. El resultado es incierto o, por mejor decir, jamás es definitivo si no toma la forma de posicionamiento fanático, de pesimismo radical, de dogmatismo religioso o de negacionismo. De principio a fin, el problema del significado perma-

nece sin solución y el planteamiento queda encajonado en el ámbito del convencimiento subjetivo y de las creencias. No parece que la autora se decida a explorar el camino de la razón y de los argumentos y de esa manera no hay salida generalizable. Puestas así las cosas, sería preferible un desenlace en tablas, no como empate, sino como reconocimiento de un problema abierto.

Nada parece un intento de diluir el nihilismo de Pierre Anthon en el flujo de objetos con significado particular, aportados por cada uno de sus camaradas, que se dan por vencidos desde el momento (al principio de la acción), en que proponen realizar su tarea como fingimiento, restando así valor al propósito. La escala de valores asociados a querencias individuales, que va de objetos fetiches a referentes morales y a la integridad física, parece derrumbarse en la praxis, con la empresa cooperativa para liquidar físicamente al antagonista.

A veces, resuenan posturas escépticas, tipo Gorgias y otras se adivina una cierta abstención del juicio, que ni se desarrollan ni se rebaten. No hay recurso al senti-

do común, tan habitual entre los escépticos y los cínicos. Pierre Anthon vocifera su negacionismo desde el árbol, no porque tenga la razón, sino porque la quiere. Sus oponentes le apedrean como respuesta discordante y, para mostrar su postura, amontonan talismanes, como si la adición de cantidades aportara cualidad. La agregación de lo contingente, de lo efímero, jamás alcanza lo perenne.

Falta espacio para la duda, ese ámbito imprescindible que da cabida a la creatividad y al descubrimiento. Más que una novela para adolescentes, es una historia de adolescentes para mayores.

Al final de la edición española aparece una *Nota de la autora*. Curiosa postura la del escritor que se siente obligado a dar explicaciones en las nuevas ediciones. Si considera la crítica recibida adecuada, que modifique la obra y sino que guarde silencio. La autora se ve favorecida, años después de la primera edición. Puede ser que su espejo esté trucado o use el de Narciso. Me sorprenden las prohibiciones de ministerios y entidades de distintos países respecto a *Nada*. ¿Porqué negar su lectura a un

adolescente si nadie con mayor hondura que él puede poner en causa la plétora de significados de la existencia? Personalmente no lo recomendaría, porque vivencial y conceptualmente no aporta gran cosa a pesar de tratarse de una narración ágil y un lenguaje pertinente, aunque, en ocasiones, poco creíble.

MARIANO FERNÁNDEZ GARCÍA
Universidad Autónoma de Barcelona

BRENIFIER, I.: *La práctica de la filosofía en la escuela primaria, Diálogo-Tilde, Valencia, 2012. 224 pp.*

Desde hace tiempo, la obra de Oscar Brenifier nos viene descubre muchas formas de práctica filosófica o de cómo la filosofía puede aplicarse a diferentes ámbitos de la vida cotidiana: *Filosofar como Sócrates* recorrió los inicios históricos de los cafés filosóficos en Francia, *El diálogo en clase* ayudó al profesor a dialogar en el aula con sus alumnos y las *Superpreguntas* les ayudó a que perdieran el miedo a “problematizar”.

En esta ocasión, el filósofo francés nos devuelve la mirada a los

más pequeños, en concreto a la escuela primaria. Aunque el libro haga referencias al sistema educativo francés, muchas de sus propuestas son tan aplicables a nuestro frágil sistema educativo que podemos ver este trabajo como un soplo de aire fresco para la Filosofía para Niños española. Su propuesta formal pretende sentar las bases de la implantación en los sistemas educativos, y más en concreto en las escuelas primarias, de asignaturas relacionadas con la filosofía y su práctica con la infancia y la adolescencia. Asimismo, encontramos un desarrollo teórico y una justificación esencial de cómo y por qué debemos usar las herramientas que la práctica que la reflexión nos ofrece. En este sentido, Brenifier ofrece claves del pensamiento individual sin olvidar el papel esencial que los otros tienen en esos “procesos de socialización”, fundamental en el desarrollo psicosocial y cognitivo de los más pequeños.

La filosofía se ha presentado como una especulación erudita acerca del conocimiento, pero debemos entender que, también, puede ser “reflexión sobre el discurso y el ser del sujeto”.

Ésta capacidad debe ser entrenada y practicada puesto que se asemeja a un músculo y, como tal, si no se usa, se acaba atrofiando y perdiendo su naturaleza. Acciones como identificar, conceptualizar, problematizar, argumentar, analizar o la gestación de una crítica sólida son pruebas de la existencia de herramientas propiamente filosóficas y practicables. Su desarrollo permite generar espacios de reflexión compartida y proporciona instrumentos individuales de gran utilidad para nuestra propia vida. El autor desarrolla una lista de ejercicios para aplicar con los niños en primaria como “ejercicios sobre un personaje”, “lista de palabras” o “confrontación de hipótesis”. Asimismo, elabora un tipo de talleres para que el mismo maestro pueda elegir el principio de su práctica (talleres con un texto, una película, un objeto o una situación). Aunque pudiera parecer que estos ejercicios no son apropiados para algunas edades, la propuesta alcanza a los niveles inferiores como infantil. En este sentido, realiza unas recomendaciones para aplicar satisfactoriamente la filosofía desde los tres años: simplifi-

car las estrategias para conseguir que sepan diferenciar “lo igual y lo diferente”, cómo identificar el tema principal del que se habla, etc. En todos ellos, se va elevando progresivamente la dificultad de los ejercicios usando como criterio las capacidades y posibilidades de cada edad.

Sabemos de la relevancia actual de las competencias en los sistemas educativos. *La práctica de la filosofía en la escuela primaria* muestra un viaje extenso y cuidado a través las competencias y de las capacidades que se pueden trabajar tanto a nivel filosófico (la formulación de hipótesis, la creación de argumentos, el análisis de problemas, la definición, las dinámicas de la dialéctica, la afirmación y la objeción), psicológico (ralentizar el pensamiento, trabajar la subjetividad, la autonomía y la distancia) y social (pensar con el otro o desarrollar la responsabilidad).

A continuación, Brenifier analiza las diferentes objeciones contra estas prácticas como que los niños “son demasiado pequeños para filosofar” o que “no hay tiempo” en los planes de estudios para tener una actividad de diálogo y de discusión práctica

donde se puedan materializar las herramientas propiamente filosóficas.

El libro finaliza con cuatro anexos que integran un compendio práctico. Éste incluye una lista justificada de preguntas para usar en una discusión, unas reglas de juego en la discusión filosófica y unas recomendaciones al profesor. En otro anexo, leemos un artículo titulado “Cómo acceder a la ignorancia”, que señala que esta actitud filosófica se encarga de “recuperar la pureza de la mirada” para poder así reconstruir un pensamiento estandarizado y prefabricado por los marcos educativos actuales. Subrayamos los otros dos anexos, puesto que uno recupera la importancia de las antinomias y el otro se acerca de forma crítica al método de M. Lipman, autor de la más conocida metodología y programas de Filosofía para Niños.

Considero el libro *La práctica de la filosofía en la escuela primaria* como una excelente aportación al mundo de la Filosofía Aplicada en concreto a la Filosofía para Niños. Su compromiso con el diseño de una teoría y una práctica nos acerca de una forma seria pero atractiva a la

culminación de ésta, zanjando dudas y escepticismos. Su contenido abre un abanico de posibilidades para una nueva corriente de la Filosofía para Niños que centra su atención en las estrategias que se deben conseguir para incentivar los procesos reflexivos en la infancia dentro y fuera de la escuela. El trabajo es radical, en su sentido etimológico, pues acude a la raíz del comprender y del descubrir partiendo de la crítica a las pedagogías del aula actual (de pizarra, tarima y clase magistral). Con ello, se adentra en el pensamiento crítico, en la reflexión individual y grupal y en la problematización de los argumentos dados; en definitiva, en tener la posibilidad de, por una vez en nuestras vidas, *pensar lo impensable*.

JORGE SÁNCHEZ-MANJAVACAS
Universidad Nacional de Educación a Distancia

